

plaza. Por junto á los hornos pasa el río Legarza, del que se surte de agua la maquinaria por medio de una gran presa. Á la orilla derecha del río hay tres espaciosas carboneras capaces de contener hasta 23,000 cargas de carbón; á la izquierda hay talleres de carpintería, cerrajería, limpia de municiones, moldería de barro, almacenes y grandes patios para depósitos, no faltando el suficiente número de casas así para los operarios como para los empleados. Hace algunos años, antes de los adelantos que tan radicalmente han cambiado la forma de las armas de fuego y de los proyectiles, la fábrica de Orbaiceta marchaba con cierta regularidad y utilidad para el Estado: cuando Madoz escribía su Diccionario geográfico, la dotación de empleados del establecimiento era la siguiente: un coronel ó teniente-coronel, Director; un capitán encargado del Detall; un comisario empleado de Hacienda; un oficial primero encargado de los efectos; un oficial segundo pagador; tres terceros con dos meritorios auxiliares; un médico y un capellán; un sobrestante, maestro de obras, con dos carpinteros y dos cerrajeros para atender á las reparaciones de los edificios, maquinaria, herramientas, etc., aumentando este número, así como el de canteros y peones, cuando las labores eran de consideración. Para el horno había un fundidor y un cargador mayor, y á sus órdenes cuatro fundidores y otros tantos cargadores; para la moldería, un moldeador mayor con ocho moldeadores ordinarios, divididos en dos cuadrillas; para el cuidado de los montes un visitador con dos guardas; para la extracción del mineral un factor, á cuyas órdenes estaban los correspondientes mineros y peones, según la cantidad que hubiera de arrancarse; para entregarse de las menas, carbones, etc., y disponer su buena colocación en los depósitos, un fiel recibidor de materiales; para atender á la conservación de los modelos y construcción de modelos nuevos, un maestro modelista, encargado también de la limpia de municiones; y por último, para los ensayos que se hacían del afino del hierro, un martillador con tres afinadores y dos aprendices, un maestro tirador de hierro,

con un calentador y un aprendiz. Pero hoy la Real Fábrica de municiones arrastra una existencia precaria porque sólo se emplea en la elaboración del proyectil ordinario y grueso, no teniendo cuenta al Estado el montarla para la fabricación de las balas de cañón y fusil del sistema que hoy prevalece, por los considerables gastos que la reforma originaría, y siempre con la exposición de que éstos se malograrán en el día crítico de una guerra con el país vecino, en cuya frontera hubo la mala idea de situarla.

Suerte análoga han tenido los grandes establecimientos que la Marina Real había montado en el bosque de Irati por los años 1785. El valle de Salazar, en cuya jurisdicción se encuentran los magníficos pinabetes que se utilizaban para la arboladura de nuestras naves, tuvo el patriotismo de ceder al Gobierno la facultad de cortar gratuitamente todos los árboles que necesitase la Marina durante la guerra con los ingleses: en cuya virtud se establecieron en el Irati grandes talleres y se hicieron en el río muchas esclusas para conducir los mástiles y las maderas de construcción. Concluída la guerra, el Gobierno no sólo continuó disponiendo del bosque á su arbitrio, á pesar de haber caducado la concesión, sino que además le disputó al valle de Salazar su propiedad ante los tribunales de justicia, durando el pleito muchos años, el cual terminó por sentencias conformes de 1808, 1816 y 1818, declarando la propiedad exclusiva del bosque de Irati á favor de los vecinos del valle de Salazar, y condenando á la Real Hacienda á pagar los árboles cortados desde la conclusión de la guerra con los ingleses. Durante la posesión del expresado bosque en que estuvo el Gobierno, hizo construir una casa-fuerte en la confluencia del Urchuria con el Urbelcha para defender los establecimientos de la Marina Real, y en dicho fuerte un destacamento de 30 provinciales de Sigüenza se resistió y rechazó á toda una división del ejército republicano francés que se presentó á tomarlo en 1792. Pero en la guerra con Napoleón fué abandonado ese fuerte, y habiéndolo-

se posesionado de él los franceses, tuvieron allí constantemente una guarnición hasta el año 1813, en que acabó la guerra por nuestra independencia. Hoy no existen de aquella casa-fuerte más que las ruinas, porque la voló el general Torrijos en 1823 poniendo minas en sus cuatro ángulos. El valle construyó á sus inmediaciones otra muy capaz para estancia de sus guarda-montes y parador de los operarios y transeúntes en medio de aquel desierto. Los varios edificios, los tinglados, las sierras de agua y exclusas que el Gobierno había hecho construir para la corta y saca de madera del bosque, todo quedó arruinado durante la guerra con Napoleón. El herraje, de gran valor, que había en ellos, tentó la codicia de los franceses, y aun de las gentes del país, y todo lo arrebataron: tenían nuestros enemigos interés en la ruina de tan grandiosos establecimientos, no sólo por la utilidad que en aquella época prestaban á nuestra marina, sino también porque la mayor parte de las construcciones radicaban en el término de Zabaleta, que ellos nos disputaban como propio del país de Cisa.

Por unas razones ó por otras, aquellos suntuosos establecimientos de Irati y de Orbaiceta han venido á la más lastimosa decadencia. Pero te prometí, al internarnos por primera vez en este secular y majestuoso bosque de Irati, que sentados entre sol y sombra junto al puentecillo de madera que á la vista teníamos, te referiría lo que de esas construcciones había leído, deplorando el melancólico cuadro que hoy presentan sus ruinas (1). Te he cumplido mi oferta en cuanto de público consta sobre ambas empresas; ahora te diré algo más que las memorias escritas no refieren, para que veas que en los humanos acontecimientos suelen concurrir con las causas aparentes otras causas recónditas, si bien el vulgo señala como dementes á los que de estas hacen caudal cuando concurren en aquellos circunstancias preternaturales.

(1) V. atrás, Cap. I, p. 144.

Y hablemos quedo, porque se acerca la hora del crepúsculo vespertino, en que esta selva se llena de espíritus y lamias, de quienes á veces se obtienen curiosas revelaciones.—Has oído hablar de una famosa princesa llamada Juana de Albret, ó *La-brit*, como acá decimos, madre del gran Enrique IV rey de Francia. Esa que en vida fué reina de la Navarra francesa y de Béarn, renegó de la religión católica y abrazó el calvinismo, y Dios en castigo de su apostasía, permitió que al morir se apoderaran de su cadáver los malos espíritus, los cuales lo ocultaron y de entonces acá se lo llevan adonde les parece, por valles y precipicios, cumbres y ventisqueros, ora deslizándose con él por las corrientes de los ríos, ora remontándole sobre las ondulantes cimas de los pinares—siempre dentro de la Navarra francesa y española,—sin consentir que se le dé jamás sepultura. Después que murió, creyeron unos que había sido enterrada en Vendôme, capital del ducado de su marido Antonio de Borbón; otros que en Lescar, en el panteón de los príncipes de la casa de Albret; pero lo cierto es que no se señala parte alguna donde con certidumbre conste que reposan sus huesos. Ni ¿cómo ha de poderse afirmar que yazca en tal ó cual enterramiento la reina Juana, si todavía su cuerpo insepulto se halla en poder de las malas hadas?—Cuando esta reina enviudó, muriendo su esposo en Rouen en guerra con los hugonotes, se entregó con todo su ahínco al exterminio del partido católico, y formuló un edicto imponiendo la religión reformada en sus estados de la Baja-Navarra y del Béarn. Esto sucedía en 1567; dos años después, exasperada por la victoria que alcanzó en Jarnac el rey Enrique III contra los protestantes mandados por Condé, tuvo la fiera complacencia de entregar por sí misma su hijo Enrique de Borbón al ejército calvinista, como prenda de la suspirada apostasía de la Francia católica. Murió envenenada en París dos meses antes de ocurrir las sangrientas y odiosas escenas del *día de San Bartolomé*; pero sus súbditos navarros y baigorrianos no mejoraron de condición con su muerte, porque los templos que

durante la persecución de los ortodoxos les fueron incendiados y destruidos, destruidos quedaron, sin que tuvieran para bautizar á sus hijos, oír misa, recibir los Sacramentos y dirigir sus preces al Altísimo, otras iglesias más que las que habían edificado en los Alduïdes, término neutral y proindiviso entre ambos reinos. Pero—cosa singular—desde la muerte de la reina Juana, toda obra que en esta tierra se intentase en servicio y para bien de la santa religión católica, apostólica, romana, había de sufrir oposición tremenda de parte de una potencia misteriosa, casi siempre invisible, algunas veces manifiesta con aterradoras señales. Cuéntase que las dos ó tres iglesias que los vasco-franceses erigieron en la comarca, entre el Pirineo y el Nive, costaron tan enormes fatigas, que muchas veces los constructores estuvieron resueltos á abandonarlas. Levantaban hoy un muro, y mañana se lo encontraban por el suelo; los carros y acémilas que conducían materiales para las obras por los pasos del puerto, casi siempre se despeñaban; los pobres albañiles que trabajaban en lo alto de los andamios, se sentían acometidos de vértigos, caían y se mataban; muchos quedaban sepultados en las zanjas abiertas para los cimientos desplomándose sobre ellos la tierra. Un obrero más avisado que los otros, advirtió que aquellos terribles percances nunca ocurrían en sábado, siendo frecuentísimos en todos los demás días de la semana: observó también que lo construído subsistía en cuanto lo coronaba una campana, á cuyos tañidos acompañaban siempre aullidos dolorosos, que iban alejándose y perdiéndose hasta extinguirse por completo en la región de las nubes á medida que la campana vibraba con más intensidad y presteza. Dedujo de esto que andaba por allí algún poder maléfico mal avenido con la santa obra de la edificación del templo, y sugirió el pensamiento de no hacer cosa alguna en los días en que tan perniciosa influencia imperaba. Así se ejecutó, y el resultado fué feliz; trabajando los sábados con toda diligencia, pronto dieron remate á la edificación, sin que alcanzase á impedirlo el poder de las hadas malignas. Convencidas

éstas de la inutilidad de sus perversas artes, recurrieron á una estratagemas para engañar á los católicos, y pusieron á su servicio ofreciéndoles construir ellas sus iglesias, sus puentes, todas sus obras públicas hasta las más dificultosas, con la sola condición de que al terminar la edificación habían de entregarles en pago algunas almas. Los vascones y bearneses, más taimados que ellas, fingieron haber caído en la red, y aceptaron el partido; pero después que las *lamiñak* les hicieron las obras, se burlaron de ellas y no les entregaron alma ninguna: de aquí el horror con que las tales hadas escuchan el sonido de las campanas, de las que siempre se alejan con tristeza.

Esto que te cuento me fué referido por persona verídica, muy acostumbrada á recorrer este bosque, la cual añadió lo siguiente: Tengo la certidumbre de que esta selva está fadada, ó lo que es lo mismo, sujeta al imperio de las hadas maléficas, á quienes permitió Dios hace tres siglos que fuese entregado el cadáver de la reina Juana de Labrit. Un día que estaba yo durmiendo al pié de una de estas hayas, á la hora del crepúsculo vespertino, me despertó la fuerte sacudida de una ráfaga que sobre mí pasó dejando en el ambiente un rastro de indefinible olor á cosa muerta. Había percibido como el choque instantáneo de una seca osamenta, y ví alejarse en dirección á un oscuro antró formado por la densidad de la vegetación, huérfano ya de los últimos rayos solares, como un grupo de levísimas sombras, apenas dibujadas sobre el verde tapiz de la enramada, en que sin distinguir formas apenas, entrevía la imaginación un coro de hadas llevando suspendido de los extremos de un cénfal, á manera de sudario, un esqueleto humano, en cuyo desnudo cráneo despedía siniestro brillo una corona real. La natural curiosidad me hizo reiterar mis excursiones por esta selva: muchos días pasaron sin que volviese á advertir en ella el menor fenómeno extraordinario; pero otro día, al anochecer, llamó poderosamente mi atención que cuanto espacio abarcaba mi vista, colocado en un paraje de lo más descampado, parecía estar lleno

de lamias y espíritus invisibles, allí refugiados como huyendo de un poder superior que los hostigase cercando el bosque por todos sus linderos. Era que los pueblos confinantes de los valles de Salazar y Aezcoa celebraban una de las festividades clásicas de la Iglesia católica, y las lamiñak de todo el país donde en tiempos pasados había reinado Juana de Labrit, conjuradas contra los tañidos de las campanas echadas á vuelo, se reunían en general asamblea como á deliberar acerca de una nueva campaña religiosa. Poblaban ellas el bosque: oía yo pasos y vuelos de seres invisibles, chirridos, silbos, risas reprimidas, palabras entrecortadas, misteriosos cuchicheos, sin que supiese de dónde partían. Las cimas de los enhiestos pinos se balanceaban sin que el viento los moviese; en los claros que forma á trechos la selva profunda, semejantes á encantados salones de hamadriadas, veía desde un escondrijo de apretados bojés, donde permanecía oculto, girar en corros, como raudos torbellinos, mujeres hermosas con rozagantes vestiduras cuajadas de esmeraldas, carbunclos y zafiros, mezcladas con viejas corcovadas y harapientas. Formaban diversos coros, y en el que yo tenía más próximo cantaban esta singular balada:

Melusina, Manto,
Dama verde, Urgela,
Morgana, la Vuvre,
Viviana, Esterela,
Poderosas hadas,
la blanca paloma
salvó su plumaje,
vencida está Roma.
Á la reina Juana
iban á enterrar:
chasco se han llevado
Vendôme y Lescar.
Su cuerpo insepulto
guardan sus hermanas:
la tiara se humilla,
se hunden las campanas.

Hadas de Navarra,
lamiñak, alerta!
¡Aúpa la reina
triunfante aunque muerta!

No sé si en mi hornacina de tupido boj hice algún movimiento involuntario que denunciara mi presencia; lo cierto es que, como si un huracán repentino hubiese penetrado en la selva, todos los árboles y arbustos sacudieron sus ramas, las hojas que tapizaban el suelo se alzaron en vortiginoso remolino, desvaneciéndose á mi vista los coros de las lamiñak. Algunas garbosas y esbeltas figuras tardaron algo más en desaparecer, como si titubeasen acerca del rumbo que debían tomar, semejantes á las pavesas que después de extinguida la llama yerran por cierto tiempo sobre la superficie que carbonizó el fuego; hasta que todo el bosque volvió á quedar en silencio y calma perfecta. La presencia de las hadas en él ya sólo se me revelaba por algunos ojos brillantes que desde lejos se clavaban en mí por entre los huecos del ramaje, sin que apareciesen los rostros; y por el repentino ruido de huesos chocando unos con otros que percibí á grande altura sobre mi cabeza, señal evidente de que las lamiñak encargadas de conducir en su sudario el esqueleto de la reina de Navarra, habían alzado el vuelo para salir del bosque y dirigirse á otro paraje. — Había obtenido la revelación que deseaba. Las hadas y lamias de la Navarra francesa no se contentan con haber hostilizado á los católicos en cuantas empresas religiosas y patrióticas acometieron, primero en el siglo XVI, cuando para conservar su culto, trataron de reedificar los templos que aquella terrible reina les había destruído; y después en el siglo XVIII, cuando encendiendo más la tea de la discordia entre españoles y franceses, guiaron á los impetuosos soldados de la vecina República hacia la fábrica de Orbaiceta para que la entregasen á las llamas, y luégo á los no menos fieros y rapaces soldados de Napoleón hacia los edificios, sierras y esclusas del gran establecimiento de Irati para que lo asolasen y redujesen á inúti-